

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón por videoconexión desde Milán, 18 de noviembre de 2020

*Textos de referencia: J. Carrón, Solo ves lo que admiras, apuntes de la Jornada de apertura de curso de los adultos y universitarios de Comunión y Liberación, y J. Carrón, Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?, Huellas 2020, capítulo 6. Hijos en el hijo, (pp. 125-152).*

- *L'iniziativa*
- *Como llora una estrella*

*Gloria*

Buenas noches a todos. Jesús –como hemos dicho– tenía una relación verdadera con la realidad por la conciencia del Padre que le caracterizaba. Por eso Jesús pudo introducir a los discípulos en esa relación de la que Él mismo vivía. ¿Y nosotros ahora? ¿Cómo somos introducidos en la relación con el Padre?

*En el capítulo 6 se toca una cuestión crucial. «Y a nosotros, hoy, ¿quién nos introduce en esta relación? Es Cristo quien nos introduce siempre en la relación con el Padre» (p. 125). Después dice que Cristo irrumpe en mi vida atrayéndome hacia Sí mediante una carne concreta, una presencia con la que puedo experimentar la misma relación con Él. Luego aparece la cuestión de la fe, el bautismo, el Espíritu Santo, a través de los cuales nos convertimos en hijos en el Hijo, y los dones jerárquicos y carismáticos. Pues bien, yo, criada en una familia católica, casada por la iglesia, madre de cuatro hijos, todos con todos los sacramentos, profesora, catequista, del movimiento desde jovencita, digamos que lo tengo todo en regla, no me falta nada, pero en cambio me falta todo porque, aun deseando vivir solo para Cristo, esto se queda en una frase, Él no irrumpe, no me atrae hacia Sí, en parte como esa mujer cuyo testimonio aparece en este mismo capítulo, que ya estaba inmersa en la vida cristiana pero tuvo que suceder algo en un momento dado, un imprevisto, un acontecimiento, para que pudiera percibir la presencia de Jesús, para experimentar a Cristo vivo. De ahí la pregunta: ¿qué añadió ese imprevisto a la vida de esta mujer? El imprevisto está claro, y a mí también me ha sucedido, en mi vida me he encontrado con personas o momentos de personas, ¿pero de qué depende que, cuando sucede un imprevisto, un acontecimiento, yo tenga la disposición de corazón adecuada para reconocerlo? ¿Y cuál es esa disposición de corazón adecuada? Porque yo creo que la tengo. De modo que, por una parte, es una gracia que suceda y vuelva a suceder; pero por otra parte, aunque vuelva a suceder no basta, hace falta una disposición del corazón que lo reconozca y lo acoja para percibir a Jesús vivo. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿El modo en que estoy hecha? ¿Mi disposición psicológica y afectiva? ¿Mis circunstancias? ¡Siempre hemos dicho que no! Y que, sea cual sea la situación en que nos encontremos, Cristo puede acontecer. Este tiempo de pandemia nos ha traído muchos testimonios de cómo Cristo puede volver a suceder incluso en una circunstancia tan dramática. Por tanto, parece que es solo una gracia, un don, no hay estrategias que valgan, y no hay más que seguir pidiendo que vuelva a suceder y esperar.*

Gracias por compartir con nosotros tu historia de pertenencia desde pequeña y tu drama. Cualquiera de nosotros, si es mínimamente consciente, podría reconocerse en tu descripción: «No me falta nada, pero en cambio me falta todo». Muchas veces identificamos la respuesta de Cristo con el hecho de que ya no nos falte nada. «Aun deseando vivir solo para Cristo, esto se queda en una frase, Él no irrumpe, no me atrae hacia Sí», dices. ¿Pero estás segura de que, si Cristo no irrumpiera constantemente en tu vida y no dejara de atraerte hacia Sí, tú podrías percibir que te falta todo aun teniéndolo todo? ¿Cómo podrías desear vivir solo para Cristo si Él no te hubiera alcanzado y no siguiera alcanzándote? ¿Y si fuera verdad lo contrario? Es decir, que precisamente porque no te falta nada, te falta todo. Mediante ese deseo ilimitado, Cristo te está llamando hacia Sí, no desde fuera sino desde lo más íntimo de ti misma; como si te dijera: «¿No te faltó Yo?». Siempre me ha llamado la

atención una frase –que he repetido miles de veces– que leí de don Giussani porque llegaba hasta esa necesidad de la que hablas, y desde entonces empecé a mirar así esa falta. Es como si Dios te dijera: «Yo soy el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas» (L. Giussani, *Avvenimento di libertà, Marietti 1820*, Génova 2002, p. 149). Luego encontré una frase de san Gregorio de Nisa, un padre de la Iglesia que dice justo esto: «El alma está herida por la desesperación de no obtener nunca lo que desea, pero este velo de tristeza se retira cuando aprende que la verdadera posesión de Aquel al que ama consiste en no dejar nunca de desearlo» (citado en L. Giussani, *Un avvenimento nella vita dell'uomo*, BUR, Milán 2020, p. 216). Esto es lo que hay que aprender, de lo contrario no podrías levantarte por la mañana deseando salir a Su encuentro. No dejar –¡nunca!– de desearlo. Este es el acontecimiento de la relación entre el hombre y Cristo, que es fuente de un continuo e incesante deseo. El encuentro es lo que despierta y suscita constantemente la capacidad de desearlo siempre. Que esto suceda es siempre una gracia, y solo podemos pedir y esperar dejarnos sorprender por Su acontecer.

*Mi marido y yo estamos afectados por el Covid-19 (leve, afortunadamente) desde hace un par de semanas. Él cayó enfermo y yo, por motivos de convivencia, estoy en cuarentena, aunque me encuentro bien. El malestar, agudizado por varios contratiempos y deficiencias del servicio público en nuestro caso, la ansiedad, el disgusto por haber tenido que interrumpir (o modificar considerablemente) nuestras actividades laborales, las dificultades para comunicarse con el exterior, pero también la gratitud por no sufrir problemas más serios, la cercanía que nos han hecho sentir familiares y amigos, todo lo que hemos vivido estos días, en definitiva, ha generado en mí una intensa petición de cambio, ha vuelto a despertar el deseo de una vida más verdadera, más límpida en lo esencial, más significativa también como testimonio de Cristo presente. Esta petición y este deseo urgen dentro de mí, pero digamos que no sé cómo ponerlo en juego. No quiero caer en el moralismo del «voy a hacer», «voy a ser», «voy a conseguir», donde todo se apoya en un esfuerzo por ser coherente y cambiar mi yo, que por otra parte está tan abatido y frágil. ¿Qué opinas? ¿Dónde tengo que mirar? Si es cierto que basta una grieta para dejar entrar la luz, ¿qué crees que se me pide en este momento? No quiero desperdiciar la enésima ocasión que se me ofrece en la vida. Gracias por todo.*

Gracias a ti. Cualquiera puede dejarse determinar por el malestar, la ansiedad, el disgusto de tener que interrumpir el trabajo –como tú dices–, o puede dejarse llevar por la gratitud, que despierta una petición de cambio, el deseo de una vida más verdadera. Así es como sucede continuamente, amigos. Puede pasar por el coronavirus, por cualquier circunstancia que despierte en nosotros el deseo de algo más, porque ni siquiera la salud basta. Lo que hace falta es una atención. Tú preguntas: «¿Dónde tengo que mirar?». Veamos si esta noche, mirando, aprendes algo del método mediante el cual Él nos introduce en la respuesta.

*Os cuento dos episodios que se han producido con poco tiempo de distancia y cuyo alcance histórico ha demostrado ser inversamente proporcional a su impacto en mi vida cotidiana. En primer lugar, sucedió que, después de meses de gran fatiga laboral, durante los cuales se hizo evidente la necesidad de un cambio, llegó la propuesta laboral “de mi vida”, la única por la que realmente abandonaría mi puesto actual porque permite conciliar la carrera profesional con la vida familiar. Sin embargo, aparte de un breve entusiasmo inicial, la noticia no cambió de hecho mi rutina cotidiana, quedándome atascada en todos mis ridículos intentos. Con este estado de ánimo comencé la cuarentena y, al cabo de tres días intentando planificar las jornadas proponiendo actividades divertidas para los niños, me vine abajo. El cuarto día me di cuenta de que todo lo que me pedían me molestaba y ni siquiera era capaz de mirarles a la cara. Después de un par de días en que lo máximo que conseguía proponerles eran dibujos animados y videollamadas con los abuelos, a medida que aumentaban mi cansancio y mi frustración, en un momento dado mi hija me dice: «Mamá, ¡qué bonito es estar contigo!». Esta frase, tan sencilla pero al mismo tiempo tan clara, me hizo retomar el método: lo único que tengo que hacer es estar disponible para acoger a Cristo, que*

*vuelve a entrar en mi vida y le da un vuelco sirviéndose de los labios de una niña de tres años. Estos dos hechos paralelos me han impactado muchísimo porque me han puesto delante el hecho de que yo vivo esperando que la felicidad llegue mediante el cambio de las circunstancias, mientras que Cristo sale a mi encuentro en cualquier parte, incluso en el instante más monótono de la jornada.*

Ahí es donde debemos mirar: cómo sucede y dónde sucede. «Yo vivo esperando que la felicidad llegue mediante el cambio de las circunstancias, mientras que Cristo sale a mi encuentro en cualquier parte», incluso mediante la más pequeña de la casa: «Mamá, ¡qué bonito es estar contigo!». Entonces, ¿cuál es el método? Tú lo has dicho: «Lo único que tengo que hacer es estar disponible para acoger a Cristo» de la manera en que nos alcance y nos sorprenda. Pero a veces parece que eso no basta. Y entonces surge una tentación.

*He intentado responder a la pregunta que planteabas en la última conexión: «¿Pero cómo se documenta el acontecimiento del carisma hoy, para cada uno de nosotros, en la situación particular que debemos vivir?». Si pienso en el carisma, pienso en don Giussani, que me comunicó una manera de vivir completamente desconocida en mi experiencia. Estoy seguro de que con el tiempo esto no simplemente ha resistido y sobrevivido en mí, sino que ha desviado el camino, la dirección de mi vida durante más de cuarenta años. Últimamente me ronda la pregunta: «¿Qué habría sido y qué sería ahora de mi vida si no me hubiera encontrado con personas concretas y rostros concretos?». Me resulta fácil responder que estaría dentro del “mogollón”, una vida igual que la de todos y definida tan solo por la mentalidad común (una cierta manera de juzgar, pensar y mirar). Al menos en este sentido puedo decir que mi vida ha seguido otro camino o, mejor dicho, dentro de la misma realidad que todos, ha tenido otra posibilidad de pensar, juzgar y mirar. Nunca me he apartado de esta historia, no he buscado y sobre todo no he encontrado nada mejor, pero siento que con el tiempo el inicio se va adormeciendo, el deseo decae y los rostros que me rodean se hacen menos incidentes, casi como si dependiera de mí despertar aquel prometedor inicio que suscitó mi encuentro con el carisma. Entonces me pregunto: «Si todo empezó como un don que me llegó mediante personas y rostros concretos que yo no elegí, ¿cómo permanece ese inicio, y cuál es mi tarea en esta permanencia?». Te lo pregunto porque a veces me parece que la novedad y el gusto del inicio dependen de un esfuerzo mío.*

Cuando el inicio se adormece, nos surge la tentación de cambiar de método. Lo has descrito de manera muy eficaz: «“Si todo empezó como un don que me llegó mediante personas y rostros concretos que yo no elegí, ¿cómo permanece ese inicio, y cuál es mi tarea en esta permanencia?”. [...] Porque [...] parece que la novedad y el gusto del inicio dependen de un esfuerzo mío». Volvamos al punto en que el acontecimiento cristiano nos liberó, dándole la vuelta al método: «Ya no es central el esfuerzo de una inteligencia y de una voluntad constructiva, de una laboriosa fantasía, de una complicada moral, sino la sencillez de un reconocimiento» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, p. 39). Pero nosotros, cediendo a la tentación de desviarnos del método de Dios, pasamos de la disponibilidad para acoger el don a la ilusión de que la novedad y el gusto del inicio dependen de un esfuerzo nuestro. Este es nuestro dilema. ¿Cómo salir de ahí?

*En la página 141 del capítulo sexto dices que la «autoridad [...] es factor indispensable para el crecimiento del yo» y que «la autoridad en cierto modo es mi “yo” más verdadero». De estas frases creo entender que las palabras «autoridad» y «seguir» (que, por el camino realizado en las últimas Jornadas de apertura de curso y durante muchos años de movimiento, siempre he mirado con atención y, creo, disponibilidad) aquí parece que se me devuelven multiplicadas por mil y resultan fundamentales para mí. Por eso me gustaría entenderlas mejor, para ser aún más consciente de su importancia para mi felicidad y cumplimiento. ¡Para saber quién soy! Porque creo que pueden cambiar mi punto de partida a la hora de comenzar la jornada. Gracias de verdad.*

¡Perfecto! Por el camino recorrido en las últimas Jornadas de apertura de curso y durante muchos años de movimiento has mirado siempre con atención y disponibilidad las palabras «autoridad» y «seguir». Pero ahora te gustaría entenderlas mejor, para tener una conciencia aún más clara de su

importancia para tu felicidad y cumplimiento. Precisamente en la autoridad, según don Giussani, es donde podemos encontrar una ayuda: «La autoridad es el lugar donde la lucha por afirmar y comprobar que la propuesta de Cristo es verdadera, es decir, corresponde a la percepción, a las exigencias del corazón, es más límpida y más sencilla [...], es más pacífica» (L. Giussani en «¿Quién es este?», supl. de *Huellas*, n. 9/2019, p. 10). Pero tenemos que entenderlo dentro de nuestra experiencia. Solo cuando nos encontramos con una autoridad, esta palabra adquiere valor y se nos devuelve, como tú dices, multiplicada por mil. ¿Quién ha visto el alcance que tiene la autoridad en su propia experiencia?

*Trabajando sobre este capítulo con mi grupo de Escuela de comunidad, surgía la dificultad para afrontar las partes dedicadas a la autoridad y la obediencia. Es decir, mientras hablamos de la vida, de la amistad, todo ok, pero luego, entrar en estos dos términos, que inmediatamente te hacen recalcitrar solo de pensarlo, eso es otra cosa, no resulta familiar y molesta un poco. O sea, como plantean la “clásica” dificultad para adentrarse en ellas porque parecen categorías abstractas y esquemáticas, que difícilmente tienen algo que ver con lo cotidiano, me las salto sin problema, paso por ellas de puntillas. ¿Pero cómo es posible, después de recorrer toda la trama vencedora del «Qué nos arranca de la nada», que la “solución” a la pregunta planteada resida en la autoridad y en la obediencia? Me resultaba poco gratificante, casi una obligación reductiva. Entonces pregunté a mis amigos: «¿De verdad estos tres puntos no tienen nada que ver con la vida? ¿Carrón no los habrá querido introducir aquí por algo?». El cambio de mirada y de perspectiva llegó puntualmente el domingo pasado, mediante algo aparentemente banal: un paseo por la montaña con amigos (antes de entrar en la zona naranja). La caminata se suponía que era fácil según los que guiaban, pero en cambio, haciendo camino, se iba mostrando agotadora y exigente para los poco avezados en la montaña. Todo me molestaba. Al final, llegamos. Mirar aquel espectáculo era de otro mundo y dije, lleno de gratitud: «¡Gracias, es precioso!». A la luz de la Escuela de comunidad, aquello no fue un hecho banal para mí. Comprendí, en mi experiencia, lo que significaba lo que dice la página 141 sobre la obediencia: «La autoridad, en cierto modo, es mi “yo” más verdadero. Hoy, por el contrario, la autoridad [...] se percibe [...] como algo extraño, algo que “se añade” al individuo». Siguiendo, dentro de una compañía de amigos, algo que no me parecía adecuado me hizo descubrir algo que era mucho más adecuado para mí que mis pensamientos y razonamientos. Es realmente cierto que esa antítesis de la que hablas en la página 143 entre la búsqueda de la afirmación de uno mismo y la conversión de uno mismo es una tentación constantemente presente. Ya lo había experimentado días atrás, cuando pregunté a Fernando de Haro –durante la presentación del libro El Abrazo organizada por nuestro centro cultural– si había cambiado algo en él con el cambio que había experimentado Azurmendi gracias a sus programas de radio. Me respondió que todo eso solo le había llevado «a una corrección seria en el conocimiento de lo que somos, en lugar de una posesión como afirmación de uno mismo». Pero este hecho, después del primer impacto, ya lo había superado, como un fichero cerrado. Me corrigió durante el tiempo que dura un soplo. Fue necesaria esa caminata para reabrir el fichero. Por eso te pregunto: he experimentado que las cosas no suceden “de una vez por todas”, no se mantienen y todo vuelve a decaer. ¿Cómo es posible permanecer? ¿Realmente basta solo, como tú dices, con mirar con atención?*

¿Ves? En primer lugar, hay que darse cuenta de que nadie te habría hecho cambiar de idea sobre la importancia de la autoridad si no hubieses hecho esa caminata. Es dentro de tu experiencia –no quedándote sentado en el sillón pensando en ello sino dando un paseo por la montaña– donde descubres el valor que tiene alguien que te guía. Por eso, haciendo camino es como se descubre realmente el valor de la autoridad. Entonces uno vuelve a la pregunta: ¿cómo es posible permanecer? ¿Basta solo con mirar con atención? Dirijo la pregunta a don Pino, por la contribución que hizo en la Diaconía de la Fraternidad del pasado sábado refiriéndose a la Jornada de apertura de curso. Pino, ¿qué ha traído a tu vida esa Jornada y el testimonio de Azurmendi?

*Respondo a tu pregunta con tres observaciones. La primera es la sorpresa y la gratitud cuando nos indicas un hecho, una persona, Mikel Azurmendi en este caso, que estaba aconteciendo en tu vida y en la nuestra. Esto lo sigo viendo como una novedad, como un ejemplo para mí y para todos de lo que es la responsabilidad: el testimonio de seguir de esa manera, tú el primero, algo nuevo que acontece, e indicarlo a todos como autoridad. Segunda observación. Sigue vibrando en mi vida la provocación, que definiría como método, que la Jornada de apertura de curso supone en una situación tan complicada e incierta. Retomo una frase de don Giussani que citas en Un brillo en los ojos: «Tener un padre [la paternidad] es una posición permanente», pero «la generación es algo presente» (p. 135). Noto que a veces, tanto en la Iglesia como también entre nosotros, es como si –lo digo también por mí– prevaleciera la preocupación –casi exclusiva, aunque sea legítima y obligada– de la posición, la estabilidad o el cambio de postura. Corremos entonces el riesgo de razonar por categorías, reduciendo el carisma a un universal abstracto que ya conozco, al que reconducir mecánicamente los hechos que suceden, grandes o pequeños. Me pregunto: «¿El carisma se ha convertido en un universal abstracto o es una historia particular que, en la historia de la Iglesia y del mundo, sigue sucediendo y me abre así a la totalidad?». «¿Para qué tienes que ir a lo universal?», se preguntaba Azurmendi. Y observaba: «Lo universal es una ficción. No existe lo universal en ningún sitio» (citado en Solo ves lo que admiras, p. 17). Tercera observación. Creo que está teniendo lugar una profundización continua en la naturaleza del carisma. Seguimos adelante, caminamos de hecho según la dinámica del mirar, reconocer y secundar una generación en acto en cada uno de nosotros mediante el acontecer de multitud de hechos donde la experiencia de la autoridad nace verdaderamente del encuentro con personas, con momentos de personas, en las que vemos la victoria de Cristo. Me parece muy valiosa la intervención de Azurmendi y tú primero la has señalado y luego la has retomado bajo este punto de vista del método. Lo expreso con palabras del propio Azurmendi, que resume así su camino de estos años: «Yo voy encontrando los nexos causales y temporales de mi asombro» (ibid). A primera vista, resulta extraño asociar una expresión tan racional y técnica –«nexos causales y temporales»– a la palabra «asombro», pero me parece genial porque describe la experiencia de una generación en acto a través de hechos y personas que, no en vano, él enumera puntualmente: el primer hecho se llama Fernando, luego vino Javier y luego Macario, y luego... y luego... Creo que esta dinámica en acto no solo nos testimonia la gracia del carisma vivo, presente, sino que también nos indica la gran cuestión de método, que tú nos sigues recordando insistentemente: reconocer que el Acontecimiento permanece porque sigue sucediendo. Esta me parece la mayor ayuda para evitar fosilizarnos en definiciones, preocuparnos demasiado por nuestras posiciones frente a ese flujo de vida del que, aun en circunstancias tan complicadas, participamos todos juntos dentro de esta compañía guiada. Gracias por todo.*

Gracias. Lo que acabas de decir nos ayuda a entender algo que dice don Giussani, que la primera tarea de la autoridad es identificar a otras autoridades. ¿Cómo he identificado yo la autoridad de Azurmendi? Por el impacto de correspondencia que he sorprendido en mí mismo al ver el video por primera vez. A partir de ahí, como dije en la Jornada de apertura de curso, empecé a desear secundar ese impacto proponiendo el video a todos. Es algo liberador porque yo no tengo que generar el acontecimiento, no tenemos que generarlo nosotros con nuestro esfuerzo, solo tenemos que reconocerlo cuando sucede. La tarea del que es autoridad consiste en señalarlo, siendo él el primero en seguir a aquel al que señala. Este es el método del carisma. A nosotros nos toca reconocerlo. Escuchad lo que dice don Giussani: «El fenómeno inicial –[es decir] el impacto con una presencia humana diferente y el asombro que nace de ello– está destinado a ser *el mismo fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo*. Porque no se produce desarrollo alguno si ese impacto inicial no se repite, es decir, si el acontecimiento no sigue siendo siempre contemporáneo» (L. Giussani, «Algo que se da antes», *Huellas*, n. 10/2008, p. 2), si no sucede continuamente. Dios se ocupa de hacer que vuelva a suceder, como estamos viendo. A nosotros nos toca secundarlo. Ante ese volver a acontecer es donde se desvela nuestra disponibilidad para seguir el carisma.

Pero a veces, de nuevo, parece que este flujo de vida no es lo bastante incidente porque no sucede según nuestros cálculos –es decir, ¡ya!–. Por eso el verdadero desafío para nosotros es esperar y respetar los tiempos de Otro. ¿Cómo hemos descubierto en nuestra propia piel el valor de esta espera?

*Viendo las historias y la vida de tantas familias como la mía, lo que prevalece es la herida. La herida de quien no puede tener hijos, la herida de nuestros hijos acogidos, la herida de las familias que viven el crecimiento de sus hijos acogidos con una gran rebeldía, que les lleva a tomar decisiones equivocadas. En medio de todo este dolor inmenso hay un punto de luz: nuestra compañía dentro del movimiento y concretamente dentro de la obra de Familias para la Acogida. Por esta experiencia “particular” nos encontramos con muchas personas, también de fuera del movimiento, que se sienten sobre todo acogidas, comprendidas y no juzgadas. Nuestros hijos mayores dan testimonio de ello. En una conversación con mi hijo, que hace poco fue padre, me decía: «Mi rebeldía, mi rabia conmigo mismo y con el mundo, que también me ha traído consecuencias negativas, se debía principalmente al miedo. ¿Miedo a qué? ¡Al abandono! Pero luego entendí que mirar solo mi pasado y mi mal no me dejaba ser feliz. Entonces empecé un camino, empecé a mirar mi presente, a vosotros que siempre estáis presentes, que nunca me habéis mantenido pegado a vosotros sino que me habéis dado libertad para equivocarme y que también me habéis dicho: “Ahora es bueno que asumas tus responsabilidades”. Esto me ha permitido mirarme a mí mismo y también empezar a pensar en mi futuro. Luego conocí a la que ahora es la madre de mi hijo, pero no habría podido reconocerla como un bien si no hubiera empezado este camino».*

Tu testimonio lo documenta: «*La generación es algo presente*», como nos recordaba don Pino. «Vosotros que siempre estáis presentes», os decía vuestro hijo, aun cuando pensabais que vuestra presencia no era lo bastante incidente para evitar que se equivocara. Sin embargo, precisamente vuestra «presencia presente» como padres, aparentemente inútil –a juzgar por la rebeldía, la rabia y los errores cometidos durante años–, ha permitido a vuestro hijo dejar de mirar solo su pasado y su mal, que no le permitía ser feliz. Sorprende esta conexión, un poco extraña para nosotros, entre conocimiento y felicidad. Para nosotros el conocimiento es una abstracción que no tiene nada que ver con la felicidad. Hay una mirada que nos asfixia, la que se fija solamente en un aspecto de la vida e impide por tanto conocer de verdad. Solo cuando el conocimiento ha dejado de estar definido por los propios análisis sobre el pasado o el mal cometido («partiendo de ciertos principios o criterios que luego se aplican», como dice la Escuela de comunidad), sino por un acontecimiento –la presencia siempre presente de los padres–, el hijo se ha podido liberar de la jaula del pasado y ha podido pensar en el futuro. Luego ha conocido a la que es madre de su hijo, «pero no habría podido reconocerla como un bien» si no hubiera sido por vuestra presencia como padres. ¡Cuántos años ha habido que esperar para poderlo reconocer, cuando pensaba que no podría suceder! Pero lo que más me ha llamado la atención al oírte hablar es ver qué era lo que bloqueaba la mirada de tu hijo: «Mi rebeldía, mi rabia conmigo mismo y con el mundo [...] se debía principalmente al miedo. ¿Miedo a qué? Al abandono». Es conmovedor descubrir que nuestro “interlocutor” –en el diálogo con nuestros hijos y con cualquiera– es este miedo a ser abandonados, ¡un miedo que también es nuestro! Es decir, miedo a la nada. Miedo a que, a fin de cuentas, nada valga la pena. Esta es la verdadera cuestión. Estemos atentos a no confundir los síntomas (rebeldía, rabia, violencia) con su origen, es decir, con el miedo a ser abandonados. Este miedo solo se vence con el tiempo gracias a la presencia presente de los padres (aunque ellos eran los primeros en pensar que no era incidente). ¡De qué modo habrán desafiado estos padres a ese miedo con su mera presencia, hasta el punto de permitir a su hijo alcanzar la certeza de no ser abandonado! ¡Qué certeza le habrán comunicado para que llegara él mismo a alcanzar esa certeza! Una certeza que no producimos nosotros, porque nadie genera si no es generado. Solo si vosotros, padres, y todos nosotros nos dejamos generar por Aquel que vence ese miedo profundo, podremos testimoniarlo a los demás, esperando y respetando los tiempos de su libertad. Al igual que al principio, lo único que nos puede arrancar de la nada hoy es la experiencia de una novedad de vida que sucede ahora. Como decía don Giussani respondiendo a la pregunta que le hacía Angelo Scola hace años: «¿Cuál es la urgencia más radical para la misión de los cristianos hoy? [...] Que

el contenido de este mensaje empieza a convertirse en experiencia como esperanza en el presente» (*Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit-Il Sabato, Roma-Milán 1993, pp. 59-60).

¿Qué es capaz de generar en nosotros esta certeza, hasta el punto de hacernos sentir un deseo apremiante de abrazar a todos?

*Desde que empezó el primer confinamiento en marzo, hay un dato que me sorprende muchísimo y que, justo porque no es algo mío sino un regalo, deseo compartir contigo. Desde que empezó el confinamiento, empecé a sentirme objetivamente más cansada, con menos energías, con muchísimos más cambios de humor y con aspectos de mi carácter agudizados por las circunstancias. Dar clase online en la universidad se hace duro y varios compañeros y alumnos han empezado a tener problemas de salud mental exacerbados por la pandemia, por lo que la carga de trabajo administrativo y pastoral se ha doblado, luego perdí la posibilidad de viajar para dar conferencias, que es algo que me encantaba, ya no vienen amigos a cenar a casa como de costumbre, y la convivencia estrecha provoca más tensiones de lo normal; además, no podemos volver a nuestro país para ver a los abuelos, a nuestra familia. Podría seguir enumerando la lista de cosas que a todos nos cuestan en este periodo. Todo eso –desde el punto de vista puramente humano– bastaría para incrementar mi nihilismo y encerrarme aún más en mi caparazón. Pero en cambio tengo que admitir y reconocer con asombro y gratitud que eso no está pasando. De hecho, está sucediendo justo lo contrario. Mi corazón no ha dejado de desear y mi deseo aumenta de día en día: deseo de amor, de amistad verdadera, de abrazo al mundo, de conocimiento. ¿Cómo es posible que, con un aumento objetivo de mi límite, mi corazón se expanda de esta manera? Sin duda, no es una capacidad mía, sino el fruto de la presencia de Cristo aquí y ahora, dentro de esta realidad tan hermosa que no es mía. Cristo me alcanza mediante mi marido, mis hijos, a través de viejos amigos y de otros nuevos (como Van Thuan y Azurmendi con sus libros, la mujer de Taiwán enferma de cáncer que escribió en Huellas), Cristo se abre paso dentro del dolor de tantos alumnos que me cuentan cómo están y que sin saberlo están esperando Su abrazo. Y yo me descubro por las mañanas, mientras voy en bicicleta hacia el departamento, mirando a las personas con las que me cruzo por la calle con una conmoción de locos, preguntándome si serán conscientes del destino glorioso que les espera y de cuánto les ama Dios ahora, hasta el punto de que se me saltan las lágrimas y la gente piensa que estoy loca. Por tanto, me encuentro, con jornadas en las que no me queda ni un segundo de pausa entre el trabajo y los niños, pensando en las familias que sufren el drama de la violencia doméstica, en los ancianos solos encerrados en sus residencias, en los sintecho, en nuestros hermanos los cristianos perseguidos, en los que están solos en el hospital, en los que no han conocido al Señor y no saben para qué viven; y mi corazón arde de conmoción, pidiendo al Señor poder entregar mi vida entera, consumarla por todos ellos, poder abrazar a todos y ofrecerlo todo por este mundo que Él ha creado. En definitiva, dentro de una situación en la que apenas logro hacerme cargo de los que tengo cerca, mi corazón desea abrazar a todos, al mundo entero, a todo el universo. Evidentemente, Su compañía supera los límites de lo posible y relanza mi corazón hacia lo imposible. Este horizonte infinito me hace mirar mi rutina diaria, finita, de una manera totalmente nueva, inquieta pero que late, dolorosa pero verdadera. Y entonces me pregunto: «¿Pero quién eres Tú que enciendes este fuego en mi corazón?». Gracias.*

Gracias a ti. Solo ver la victoria de Cristo en nosotros nos permite desear abrazar a todos. Solo esto nos hace sentir a todos hermanos. Y esto, paradójicamente, cambia al mismo tiempo nuestra rutina diaria (donde tantas veces nos asfixiamos) y nos la hace mirar de una manera totalmente nueva. Esta novedad puede suceder en la rutina más banal, en la vida de todos los días.

Por tanto, ¿qué puede vencer el miedo y qué se desencadena entonces en nosotros?

*Estas semanas me he vuelto a dar cuenta de algo que me parece crucial. Por la noche me invadía un miedo enorme. Al preguntarme de qué podía ser síntoma ese miedo, me di cuenta de que en realidad –en el fondo, fondo– no era más que una manera en la que se manifestaban deseos que tengo desde hace mucho tiempo: que la vida no acabe, que la vida no pierda ni duración ni intensidad presente.*

*Todo esto volvía a explotar dentro de mí con una fuerza inesperada y –a veces– muy dolorosa. Con el estallido de estas preguntas, día a día empezaba a caer en la cuenta de muchísimos hechos pequeños pero significativos. Cuento alguno. Un chico de mi curso, en una de nuestras Escuelas de comunidad, intervino diciendo: «Yo percibo en mí un deseo grandísimo de vivir la universidad como un lugar donde poder ser educado. Y vosotros también. ¿Qué quiere decir vivir realmente como protagonistas con todas estas restricciones, sin huir ni conformarnos? ¿Por qué tenemos este deseo? ¿De dónde nace? No es fruto de una capacidad nuestra. Me gustaría compartir estas preguntas con toda la universidad». Me entusiasmó ver a alguien en el que veía otra vida, y se notaba por la diferencia con la que miraba cosas habituales, como la universidad. Mediante este flujo de vida se vuelve concreta y experimentable a mis ojos la promesa de bien, de vida eterna y llena de sentido (es decir, ¡que no pierda nada!) que constituye mi existencia. Y eso sucede mediante el rostro de amigos, pero también de personas nuevas que se convierten en verdadera compañía hacia el destino a través de hechos como el de este chico. De ahí nació el deseo, en mí y en otros, de compartir realmente con todos el desafío que la universidad nos plantea, y entonces redactamos un manifiesto y lo compartimos con toda la comunidad académica: del rector a los decanos pasando por los compañeros de clase. Ese manifiesto lo titulamos «La universidad no se cierra mientras vivamos». Surgieron conversaciones interesantísimas a todos los niveles. Me impactó sobre todo que algunas compañeras de mi clase, que normalmente no se atreven a ir más allá de la superficie, después de leer el manifiesto compartieron conmigo sus preocupaciones reales. Una me decía: «No quiero vivir como una esclava de esta situación, sin sentir ya nada». Y otra: «Si fuera posible, me gustaría verte, necesito hablar contigo de por qué vale la pena vivir ahora». Me llama la atención porque vuelve a ser la prueba del nueve de que Aquel que me he encontrado, que a veces también se sirve de nosotros y de un manifiesto banal, saca realmente lo humano, tanto en mí como en mis compañeros de clase. Resumiendo, he vuelto a darme cuenta de que cuanto más acontece esta vida, más percibo mis preguntas, pero no yo sola sino en relación con esa vida, y más sale mi humanidad, que se hace más verdadera. Todo se convierte en Alguien que me llama. También lo veo claramente en el estudio. Y el deseo de comunicarlo al mundo –también con coraje– nace entonces de manera sencilla, no como un activismo sino como algo que rebosa sobreabundante, y que luego se profundiza en los encuentros que tengo. En este sentido, hace unos días tuve con dos amigas otro encuentro interesante. Nos llamó la atención –por la humanidad que expresaba– una entrevista con un rector de una universidad que no es la nuestra, así que le escribimos, a pesar de no conocerlo, para darle las gracias y compartir con él preguntas que nos apremian, algunas de las cuales aparecían en el manifiesto. Nos propuso que nos viéramos y surgió una conversación estupenda, llena de humanidad, compartiendo hechos y preguntas sobre este tiempo. Lo que me sorprende, aparte del desarrollo que pueda tener en el futuro, es que cuanto más me genera esta vida de la que hablaba, más posibilidades tengo de ponerme en juego totalmente, es decir, de ahondar llena de curiosidad en esa llama de verdad que veo arder en cualquiera, incluso en un rector desconocido. Me doy cuenta de que así disfruto de la vida infinitamente más. Para terminar, sentimientos (por no hablar de errores) sigo teniendo muchísimos, del miedo a la alegría, dolor, rabia, entusiasmo, pero lo que prevalece es volver a darme cuenta de que solo puedo decir «yo» de verdad en relación con Aquel que me genera. El mismo miedo, cuando me invade por la noche, se convierte en una ocasión para volver a darme cuenta de esto, y me puedo ir a la cama agotada, con todas mis preguntas, pero en paz, porque no estoy sola gritando frente a la nada.*

Gracias. Como estamos viendo, tu miedo –igual que el nuestro– se ve desafiado por hechos, ya sean grandes o pequeños, como el de tu compañero que quiere vivir la universidad como protagonista en esta situación. Y a partir de ahí empiezas a recuperar tu deseo de compartir con todos el desafío que supone vivir la universidad siendo protagonista. Leyendo el manifiesto, algunas de tus compañeras ven que en ellas también se despierta ese deseo de no vivir como esclavas, bloqueadas por las circunstancias, y empiezan a hablar contigo sobre por qué vale la pena vivir ahora. Son preguntas profundas que se esconden tras los síntomas. A veces basta un hecho, como un manifiesto en el que uno arriesga el deseo que tiene –«La universidad no se cierra mientras vivamos»– y que desafía ese



miedo profundo a mirar dentro de uno mismo, para hacer estallar ese deseo de entender qué es lo que hace posible vivir, qué hace la vida digna de ser vivida. Y descubres que cuanto más acontece esta vida, más se avivan tus preguntas, y que solo en relación con esa vida todo se hace cada vez más verdadero, todo se convierte en «Alguien que te llama». A través de cualquier circunstancia, Cristo nos llama. Este es el resultado final: «Cuanto más me genera esta vida, más posibilidades tengo de ponerme en juego totalmente», como decía nuestra amiga.

Esta es la gracia del carisma, tal como hemos visto esta noche en muchas de vuestras contribuciones. Como nos recordaba el Papa al principio de la encíclica *Fratelli tutti*, san Francisco estaba «deseoso de abrazar a todos. La fidelidad a su Señor era proporcional a su amor a los hermanos y a las hermanas» (Carta encíclica *Fratelli tutti*, 3). La gracia que recibió san Francisco, igual que la que hemos recibido nosotros, era y es para todos. Por tanto, solo si la secundamos nos descubrimos deseosos de abrazar a todos, de compartirla con todos, de hacer a todos partícipes de este don que hemos recibido gratuitamente. Por eso he querido terminar *Un brillo en los ojos* con esta frase tan potente de Balthasar: «El grano de trigo cristiano [algo tan pequeño como lo que somos] solo tiene una genuina fecundidad que da forma si no se enquistaba en una forma particular ilusoria junto a las formas del mundo, condenándose así a la esterilidad, sino que según el modelo de su fundador [...] se sacrifica como forma particular, sin angustia ante la angustia de ser abandonado y de abandonarse él mismo [como hemos visto esta noche. Esto es lo que el mundo entiende]. Porque para el mundo, solo es creíble el amor» (p. 152).

Entramos así en el tiempo de Adviento porque, sea cual sea el influjo que la mentalidad dominante pueda ejercer sobre nosotros y aunque decaiga nuestro ímpetu, siempre persiste algo ante lo que debemos pararnos, «la naturaleza del hombre que está definida por el sentido religioso», es decir, esa desproporción estructural que podemos definir con la palabra «espera». Dice don Giussani: «Tal naturaleza no solo no podrá ser nunca totalmente atrofiada sino que estará siempre, más o menos sensiblemente, en una posición de espera» (*Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit-Il Sabato, Roma-Milán 1993, p. 41). El Adviento es el tiempo de esta espera, en el que la Iglesia vuelve a introducirnos una vez más. Cristo responde a esta espera –que nadie puede eliminar, como hemos visto– con una Presencia que habla mediante hechos, hoy igual que al principio. El método es siempre el mismo, como nos recuerda constantemente el Evangelio. Siempre me sorprende esta frase de Jesús: «Bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron» (Mt 13,16-17). Esto vale también para nosotros que siempre, cada vez que nos vemos, escuchamos todos estos relatos y vemos todos estos hechos, un día tras otro. Los hechos son la modalidad mediante la cual Él nos llama a convertirnos ahora. De modo que formamos parte de esos afortunados bienaventurados de los que habla el Evangelio. Ante ellos, cualquiera de nosotros puede comprobar ahora su propia disponibilidad, tal como hicieron los que estuvieron delante de los hechos de hace dos mil años, pudiendo negarse a reconocerlos: «¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida! Pues si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido» (Lc 10,13). Por tanto, acompañémonos –testimoniándolo unos a otros– secundando estos hechos para no tener que oír como si nos dijeran a cualquiera de nosotros «¡ay de ti!». De hecho, ¿Quién nos está llamando a través de estos hechos? Sigue diciendo Jesús: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10,16). A través del testimonio de alguien presente es como Cristo nos llama hoy, Él se sigue apiadando de nosotros y llama a nuestra puerta en este comienzo del Adviento, para conquistarnos por entero y poder llegar a todos a través de nosotros. Así que ¡buen Adviento!

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 16 de diciembre a las 21:00 horas.

Retomamos el trabajo sobre el libro *Crear huellas en la historia del mundo*. Trabajaremos sobre el punto 7 del segundo capítulo, titulado «La responsabilidad y la decisión». Viene al pelo precisamente de la pregunta sobre cómo estamos respondiendo a los hechos que tenemos delante de nuestros ojos. En la sección «Escuela de comunidad» de la web de CL podéis encontrar el archivo de audio de esta parte y de las anteriores.

Huellas. Continúa la campaña especial de suscripción a *Tracce* –que está teniendo un éxito considerable. Esperamos que continúe y que esto ponga en marcha a los que aún no se han movido– titulada *Quien tiene un amigo regala un tesoro*. Ofrece a los suscritos la posibilidad de regalar una suscripción a un nuevo amigo a un precio muy ventajoso, de solo 15 euros. Para más información, contactar con el departamento de suscripciones de *Tracce*, [abbonamenti@tracce.it](mailto:abbonamenti@tracce.it).

Libro del mes. Para el mes de diciembre seguimos proponiendo la lectura del libro de Mikel Azurmendi, *El Abrazo. Hacia una cultura del encuentro*. Recuerdo que el texto también está disponible en formato e-book.

Cartel de Navidad. Veamos juntos el video preparado con el texto y la imagen del Cartel de este año. El texto es una frase de don Giussani: «Él está presente, está aquí en este momento. ¡Aquí y ahora! *Emmanuel*. Todo deriva de ahí; deriva porque a partir de ahí cambia todo. Su presencia implica una carne, implica una materia que es nuestra carne humana. La presencia de Cristo en la vida normal involucra cada vez un corazón que late: la conmoción por su presencia se vuelve conmoción en la vida cotidiana. Ya no hay nada que sea inútil, que nos resulte ajeno. Nace un afecto por todo, con las consecuencias magníficas que esto conlleva: el respeto por lo que haces, la precisión y la lealtad con tu obra concreta, la tenacidad en perseguir su finalidad. Llegas a ser incansable. Realmente, es como si se perfilase otro mundo, otro mundo en este mundo».

La imagen es *Noche de invierno*, de Jean-François Millet. ¿Por qué esta imagen? Como dice el texto de don Giussani que hemos elegido, «la conmoción por su presencia se vuelve conmoción en la vida cotidiana». Lo que esperamos, lo que todos esperan, es precisamente que nuestra rutina se llene de esta conmoción –como decía nuestra amiga al principio–, que quede iluminada por Su presencia: este es el acontecimiento inaudito de la Navidad. Comentando esta imagen, nuestro amigo Giuseppe Frangi escribe –como leeréis en *Huellas* de diciembre–: «Es una escena real, pero asume una fuerza metafórica. No es una Sagrada Familia, pero está como investida por ese nexo seguro entre lo cotidiano y lo eterno que precisamente la familia de Nazaret experimentó y trajo al mundo. La misma luz del candil, punto de irradiación situado en el centro de la composición, justo encima de la cuna del niño, se hace eco de la iconografía de la Natividad».

El video del Cartel que acabamos de ver está disponible desde hoy en la web y en las redes sociales del movimiento, y en los próximos días estará disponible también en inglés, español, portugués y francés. Puede ser un instrumento muy útil para quien tenga dificultades para conseguirlo en papel debido a las restricciones vigentes. Usemos el Cartel, entre nosotros y con las personas que conocemos, amigos, familiares, compañeros, como una ocasión para poder hacer memoria y testimoniar qué es lo más querido en nuestra vida.

¡Buen Adviento a todos y buen camino!

*Veni Sancte Spiritus*